

Marga Sáenz Herrero

# Tarhadas

EC.O  
EdicionesCivicas.O

**Feminismo.**

(Del lat. *femīna*, mujer, hembra, e *-ismo*).

1. m. Doctrina social favorable a la mujer, a quien concede capacidad y derechos reservados antes a los hombres.

2. m. Movimiento que exige para las mujeres iguales derechos que para los hombres.

El mapa de España colgado en la pared  
La luz de la galería asomando a mi mesa  
El ruido de mi madre trajinando en la cocina  
El olor de los lápices de madera  
Todo ese tiempo de espuma se desvanece  
La ola de la nostalgia. El tiempo vivido  
Algún día volveré a cogerte de tu mano  
Para siempre. Para nunca

A mi madre

## UNA HORA

Bilbao-Vitoria son sesenta y siete kilómetros de distancia pero para mí significan además una hora de tiempo, TIEMPO en mayúsculas para mí sola. Es mi espacio propio, es mi cerradura en la puerta. El autobús va atestado de gente, así que si quiero escribir, me cuesta un poco no molestar al chico que siempre se sienta a mi lado y que generalmente va durmiendo. Todos los días hago el mismo recorrido. Veo desfilan las luces de la ciudad, cada vez más pequeñas, el *Botxo* se va quedando abajo mientras nosotros cogemos la autopista. Desfilan coches, camiones, luces, vamos cambiando de paisaje, de ciudad, incluso cambiamos de estación, y así puedo leer, mirar a la luna, pensar, dormir, escribir notas, soñar y después de eso, empezar el día.

Esta hora es mi opio, mi *Valium*, mi burbuja, mi espacio personal, y no lo cambio por el resto del día. Después ya no tengo media hora que pueda llamar propia. Aparte del trabajo, la vida cotidiana está infestada de actividades nada gratas que hay que hacer en la vida de los adultos o, como dice el escritor Richard Ford, del llamado *Período Permanente*. Hay que ir a la compra, el jamón york no aparece envuelto en papel de plata por sí solo, y las naranjas y la leche no llegan solas. Siempre hay recados que hacer: recoger zapatos, ir a la tintorería, cambiar una bombilla fundida... A veces las cosas se complican, la caldera gotea, la lavadora se atasca o se fastidia una tubería. A mí la denominada vida

cotidiana me supone un esfuerzo mucho mayor que obligarme a ver la filmografía completa de Akira Kurosawa y hacer un resumen de cada película.

Me gustaría ser más ordenada, tener una agenda marcada con tareas por hacer, ser capaz de organizar los cumpleaños trimestrales del colegio de mi hijo, pero soy realmente incapaz para esas tareas. No sé dónde venden uniformes además del megacentrocomercial que está en todas las ciudades españolas y a donde voy como el que va a la iglesia, a solucionar los problemas de la vida cotidiana que recuerdas a las nueve de la noche y que se traducen en gastar y gastar dinero.

En el trabajo siempre hay reuniones, la de primera hora, las sesiones clínicas, reuniones importantes de organización y gestión en las que, de veras, hago un esfuerzo ímprobo por estar atenta, para las menos de las veces anotar los puntos importantes con el bolígrafo y el papel que llevo conmigo.

Me acuerdo de las clases de matemáticas de mi colegio, donde la profesora se esforzaba por explicarnos trigonometría. Yo me concentraba y de repente, ¡Zas!, mi mente ya se había ido de viaje y solo acertaba a escuchar el final. “¿Lo habéis entendido?”. Siempre lo había considerado un gran defecto en mi adolescencia y mis años universitarios. Sin embargo, con el paso del tiempo y una vez llegada al llamado *Período Permanente*, se ha convertido en todo lo contrario.

Desde que trabajo en Vitoria he vuelto a ser una ávida lectora. Recojo notas de los libros que voy leyendo y las anoto en un cuaderno. Algunas frases me las quedo y las hago mías, son tan mías o más que del propio escritor.

Me da vergüenza reconocerlo públicamente, pero la razón por la que escogí mi hospital fue, además de que hay una gente estupenda y trabajo muy a gusto, porque disponía de esta hora para mí sola. Leo, leo y releo. Leo poesía, releo libros que ya leí y leo novelas nuevas. Leo como si fuera la última hora en la tierra. Como si fuera el último día de mi vida. O casi.

Iba leyendo *Los detectives salvajes*, cuando había desaparecido Cesárea Tinajero. Justo iba a coger un avión porque iba a un curso de psicoterapia en la Esquizofrenia. Era el día 25 de noviembre. Ese día diagnosticaron a mi madre de metástasis hepáticas. Enferma terminal. Muerte inminente.

Recuerdo la circunstancia azarosa de que, justo cuando iba a ese curso, en la Casa de América había unas jornadas sobre la literatura de Roberto Bolaño. Ya había leído *Amuleto* y quedado totalmente prendada de él y después leí otro y otro y otro, como me suele pasar con los escritores que me gustan. Sin embargo, *Los detectives salvajes* se quedaron ahí, partidos en dos mitades, tengo la página marcada y no he podido continuar con la novela. Como si Cesárea Tinajero, que desaparece en un momento de la novela, fuera mi madre, que murió exactamente hace ahora nueve días.

Roberto Bolaño te cautiva con su mirada sobre el mundo, con la descripción del mundo femenino, con su visión poética del mundo, los pedazos de vida que a veces ni siquiera pretendía mostrar. Eso es en realidad lo que me interesa. La vida de los poetas. Y me gusta sacarla así de los libros, con las cosas dichas y no dichas.

Richard Ford sabe lo que es experimentar la pérdida temprana de un ser querido, la fragilidad y la orfandad a la que nos arroja, el dolor y la pena, la

fragilidad humana, el desamparo y la traición. No me cabe ninguna duda de que Richard Ford ha pasado por experiencias similares a su personaje Frank Bascombe. Cuando leí *La madre*, que es un retrato autobiográfico y en el que aparecen fotos familiares del autor, en el que explica la trágica muerte de su padre en sus brazos y en cómo este hecho marcó su vida y la de su madre, con un poso melancólico que lo acompaña desde entonces, fue como conocerlo a él en persona, sus gustos, sus opiniones; sé, por ejemplo, que le gusta Europa y que es demócrata.

Igual que Richard Ford le dedica sus libros a Kristina, Bolaño lo hace a sus hijos, por su porvenir, pues se sabe enfermo y sus libros tienen ese ritmo febril que te atrapa y que tiene que ver con su prisa por seguir y seguir escribiendo mientras tuviera un hálito de vida. Hasta el minuto final.

Roberto Bolaño es vulnerable a la belleza del mundo, a la debilidad, a la verdadera búsqueda de la verdad, cueste lo que cueste. Y así describe los personajes de sus obras y ves a la gente que amó y ya no ama, la culpa del que se sabe infiel, el que no lo puede evitar, el político corrupto enamorado de una patinadora te llega a dar lástima y aunque él aparece en muchas de sus obras como un personaje, al igual que sus amigos, a mí me gusta leerlo entre líneas, sacarlo de sus palabras dichas por otros, y así, aunque nadie lo diga y salga su mujer en los documentales, sé que su mujer es esa trabajadora social de la pista de hielo, sensata, con sentido común, pragmática y de alegría serena pero que él no ama. Él ama a esa chiquilla medio loca, medio harapienta que se pasea con un cuchillo por la ciudad. O quizá es un poco

mi imaginación y mi anhelo de verlo como Ulises Lima, “sin timón y en el delirio”.

Y yo voy a empezar a escribir por mi madre. Mi madre es la razón por la que me hice psiquiatra. No he sido consciente de ello hasta pasado bastante tiempo. Primero pensé en estudiar Filosofía, pero no tenía muchas salidas, así que, como tenía buenas notas, acabé estudiando Medicina. Mi padre hubiera querido que fuera ingeniera o arquitecta como él y mis tíos y primos, pero si hay dos mundos, el mío es el hemisferio derecho, el de los círculos y las emociones, no el de las rayas y las matemáticas.

Empiezo otra vez. Ya. Basta de mentiras, la única razón por la que estudié Medicina y luego me hice psiquiatra fue por mi madre, por ella, mi reina y mi amor, incomprendible, inalcanzable, incapaz de salir de su laberinto, sin vernos, viéndonos, queriéndonos, sin querer a nadie, sin saber qué hacer con su vida y nosotros con la nuestra, con la solución de la mudanza cuando las cosas se ponían difíciles, y a veces se torcían demasiado. Tan juntas, tan distantes, tan pegadas, tan separadas, en definitiva una madre y unas hijas buscándose y escapándose irremediabilmente las unas de las otras.



## ANDREA

Es la paciente que nadie quiere. No la quieren ingresar, no la quieren en su ambulatorio, no reúne criterios para el hospital de día, no reúne criterios para esto ni para lo otro. Lo curioso es que Andrea lleva encerrada en psiquiátricos desde que tenía trece años. No ha llegado a trabajar, no estudia, no tiene ningún plan de futuro y hasta la han echado del albergue. Ha llegado a vivir en la calle en una tienda de campaña y cuando está muy agobiada pues va y se intenta suicidar. Y así consigue el ingreso que tantas veces le niegan.

Varias veces ha estado en la Unidad de Cuidados Intensivos. Algunas veces se toma pastillas. Otras las mezcla con coca y alcohol y otras se corta las venas. Ella decide. Ella tiene el poder y elige cuándo ingresa. Y eso molesta. Mucho. A los psiquiatras ni te cuento. A ver qué se cree, qué manipuladora, qué quiere. Si además deja de ser la chica sufriente para pegar a alguien, como cuando la echaron porque un tipo treinta años mayor intentó agredirla en un albergue, entonces también la echan del albergue para indigentes.

Sólo tiene veintidós años. Cuando está ingresada casi nadie viene a verla, a la mayor parte de sus colegas los conoce en los psiquiátricos. ¿Y dónde los habría de conocer? Si se le ocurre ligar, entonces ya la ha liado. Alta por incumplimiento de las normas. Está boicoteando el vínculo terapéutico. Pero, ¿de qué vínculo hablan, si está más sola que la una? Si no la quiere ni su propia familia.

Andrea es guapa y además es dulce y frágil. Nunca la he visto pegar a nadie mientras ha estado ingresada en nuestro hospital. Sin embargo, hay veces que sí ha agredido a otras personas. Sí que la he visto golpearse y hacerse ella misma luxaciones repetidas en muñecas, quitándose la férula que le coloca el traumatólogo continuamente. Nos dicen que nos está manipulando. Y a mí qué ¿Qué es lo que quiere decir eso? ¿Qué es lo que molesta tanto de su discurso? Que muestre su sexualidad en un marco hospitalario parece que es algo que genera un gran malestar. Rabia. Hay que expulsarla. No cumple las normas. Sus normas.

Se ha pasado institucionalizada la mayor parte de los últimos tres años. La mayor parte de su vida. Mostrar que es un ser sexuado es algo que demuestra vitalidad y ganas de vivir. Por qué este discurso no está presente en el discurso del profesional. La sexualidad femenina sigue siendo un tema pendiente. De alguna manera nosotros mismos estamos marcados por nuestra cultura y repetimos estos mismos estereotipos de género en las pacientes que tratamos. Dondequiera que esté ahora y cuando vuelva, la voy a ingresar siempre que ella quiera y lo necesite.

## ELLA

Mi madre era una mujer moderna atrapada en un tiempo antiguo. Era una feminista. Una hippy. Tenía la voz ronca y áspera de Chavela Vargas. Fumaba como un carretero. Le encantaban Beethoven, Los Chalchaleros, Víctor Jara, Atahualpa Yupanki, Violeta Parra, Mercedes Sosa y Cecilia. Mis hermanos y yo nos sabemos las canciones de memoria. A mi madre le encantaba leer y escribir. Era un diamante en bruto, todo potencial. Trabajó en la embajada francesa. Vivió en Suiza y en París. Nos insultaba en francés o en euskera recurriendo a la lengua materna de nuestra bisabuela carlista.

Mi madre era una mujer inteligente, intuitiva y rápida, hiriente y mordaz con una visión cómica del mundo que no hemos heredado ninguno, según ella, que vivió siempre a la sombra de mi padre y se fue también en su estela.

Mi madre no tuvo dinero para tener una habitación propia y una cerradura en la puerta, como pedía Virginia Wolf para las mujeres. Ni siquiera tuvo media hora que pudiera llamar suya. Ella se encargaba de nosotros tres, nos cuidaba cuando estábamos enfermos, nos consolaba, nos ayudaba con los deberes del colegio y nos preparaba las fiestas de cumpleaños como la mayoría de madres de este mundo.

Mi madre nunca ha dejado de sorprendernos, como una novela de intriga donde nunca llegas al meollo de la cuestión. Antes de que todo pasara. ¿Cuál ha sido el

argumento de su vida? Todas esas preguntas se quedarán ahí. Son preguntas sin respuesta.

En los últimos días, en los que su cuerpo se fue transformando y el tumor apoderándose de ella como un alienígena, conservaba todavía las huellas de su gran belleza. Sus ojos verdes, líquidos, transparentes, inquietantes y llenos de ternura me resarcían de todas esas incógnitas que quedaban por resolver. No hay una historia de mi madre sino muchas historias fragmentadas, historias que han quedado abiertas.

No se puede contar una historia única de mi madre, sino muchos retales de pequeñas historias. Historias que se han quedado hendidas, algunas al descubierto, otras escondidas en su memoria y en la nuestra, son historias sin conclusión.

Mi madre me emociona y me conmueve, pero sigo sin comprenderla. ¿Qué es lo que has podido ser y qué ha sido tu vida? Ella es la historia de la posibilidad y a la vez es la historia de la derrota.

Ella era la *mamma* italiana, grande, voluptuosa, con un pecho cálido que te acogía cuando estabas triste. Tenía una voz profunda, grave, pero con un punto callejero, de estibador de muelle, de fumarse dos paquetes de tabaco diarios durante treinta años, una voz que se oía desde lejos, en el supermercado, en el colegio, en el hueco de la escalera cuando tú estabas en el portal y ella en el quinto piso. En la calle se oía entre todas las demás voces. Tenía una vis cómica del mundo que la acompañaba desde niña. Sabía encontrar el punto débil de cualquiera enseguida, era un halcón, una psicóloga natural.

Le encantaba la música clásica y la escuchaba a todo volumen. Compró una máscara de Beethoven y la colgó en el salón. Todavía me parece escuchar sus zuecos

por el pasillo. La cocina llena de humo y colillas en el cenicero. Sus cuadernos llenos de notas, de recetas de cocina, que luego nunca cocinaba, de libros que había leído, de cosas que escuchaba en la radio. La radio a todo volumen, las luces encendidas, el horno encendido, a veces o, sobre todo, sin nada dentro. Todo encendido, la tele, la radio, el equipo de música. Cuando se aburría del salón, cambiaba las cosas de sitio y así parecía que nos habíamos cambiado de casa. ¡Y mira que nos hemos cambiado de casa y de ciudad y hasta casi de país! Le encantaban los hermanos Marx, se hacía pis de la risa; los libros de Tarzán, las películas de piratas... Decía palabras raras, como Khachaturian, cuando hablaba con sus amigas. Tenemos unos nombres en el registro civil, pero ella nos llamaba por otros. Mis hermanos eran Michi, Tati y yo era *Pussy*, y también era Juanita la larga. Mi madre era una artista en potencia, una mujer atrapada en un tiempo y una vida equivocados. Se ha pasado cincuenta años recordando cinco. Cuando trabajaba en la embajada francesa con el agregado cultural y cuando estuvo viviendo en Suiza con su amiga Amparo y sus amigos Peter y Dirk. Era una novelista nata, contaba historias que ella misma se acababa creyendo y nosotros por supuesto también. Vivió en París unos meses con mi padre cuando estaban recién casados, pero eso pertenecía a su otra vida. Los recuerdos mejores de mi infancia son estar tumbada en la cama de mi madre leyendo las aventuras de *Guillermo Brown y los Proscritos*.

Ella era guapa, muy guapa. A pesar del paso del tiempo, de estar desahuciada dentro de su propio cuerpo, conservaba las huellas de esa gran belleza que fue, como el naufragio de un barco pirata que conserva el cofre del

tesoro enterrado en la arena. En la arena del fondo del mar.

No puedo decir el día, ni el mes ni siquiera el año en que mi madre se rindió, pero se rindió. De eso estoy segura. No sé exactamente el día que tiró la toalla y perdió la batalla de la vida o la guerra y se metió en la cama. Mi madre ha vivido en la cama desde hace años, se levantaba solo para comer o ir al baño, o si salía a la compra o iba a misa. Su refugio y su santuario. El resto del día estaba en la cama. Había abandonado la verticalidad del mundo y solo se movía en horizontal, por eso era difícil entendernos. Yo estoy en vertical, y ella estaba en horizontal. Duermo poco y no me gusta estar en la cama mucho tiempo porque tengo mucho, mucho miedo, de que un día, como ella, cambie las coordenadas de la vida y pase a la vida horizontal. Muchas veces me pregunto qué cosas pensaba, donde pasaba tantas horas, en qué mundo estaba metida; si como las hermanas Brontë vivía en mundos imaginarios que le resultaban mucho más gratos que este. Hacía muchos años que vivía así. A lo largo de su vida siempre escogió amigos en el borde de la cordura. Su mejor amigo, con el que conversaba durante horas, era Victor, que puede estar hoy maniaco y en una semana depresivo. También tuvo un amigo muy querido, Ramón, que quería ser cura, y cuando le tocó la lotería ya sólo quiso ser maricón y salió del armario. Cuando yo entraba en su casa, tan vacía desde la muerte de mi padre, se escuchaba de fondo el canal de Historia, mi madre solo veía ese canal, era como si viviera en un tiempo que no existe ya. Nació en el año 1936, el año que marcó el inicio de la Guerra Civil, eso fue lo que la marcó, según ella, “el ruido de las bombas”. No tenían qué comer, comían las mondas de las patatas

para sobrevivir. Mataron a dos tíos suyos. Su abuela era carlista y vasca. Cuando se enfadaba, nos insultaba en euskera y nos mandaba callar. *Isilik, Txarrigorri*. Son las únicas palabras que recuerdan a mi abuela. Nosotros no sabíamos ni siquiera lo que quería decir, pero lo que parecía era que estaba hasta el gorro de nosotros. Mi madre no nos dejaba ver *Kung fu* en la tele. Me dijo que pasaba “siempre lo mismo”. Yo la creí a pies juntillas. De manera literal. Siempre lo mismo, menuda serie, repitiendo una y otra vez lo mismo. Repetí su argumento con vehemencia ante mis compañeros del colegio, que se rieron de mi inocencia y de mi fe absoluta en todo lo que mi madre decía. Meses después defendí con la misma vehemencia que los Reyes Magos no eran los padres. Hice el ridículo y me enfadé con mi madre. Me había mentido y algo así no cabía en mi cabeza. Mi madre era mi reina y mi diosa. Para mí lo que decía era ley. La ley suprema. Ella lo sabía todo, hasta que hubo que empezar a forrar los libros y los dejaba llenos de burbujas. Yo tendría nueve años y decidí empezar a forrármelos yo, con burbujas, pero no como una gran burbuja cósmica.

Mi madre a veces nos ayudaba con los deberes. Lo malo era que escribía con su letra y, claro, la profesora lo veía y lo marcaba en rojo y era mucho peor. Con el paso del tiempo me he dado cuenta de lo mucho que me ayudó ella sin saberlo, porque dejé de pedirle ayuda y pasé a hacerlos por mí misma. Así que ahora le doy las gracias por hacerme independiente.

Mi madre siempre nos decía: “cuando era un ser humano” para referirse a la época en que no tenía hijos ni marido. Aprendí a hacer pis de pie como los chicos y cuando me preguntaban que quería ser de mayor, respondía: “soltera”. Tenía el pelo corto y no tenía

agujeros en las orejas. Como era muy larga, me pasé media infancia contestando si era un niño o una niña, algo que me llenaba de vergüenza.

Como vivió en Francia y Suiza, hablaba muy bien francés y cuando nos insultaba también lo hacía en ese idioma, que por cierto se entendía todo, no como el euskera de la abuela. Tenía frases memorables que utilizaba para situaciones surrealistas, como cuando fue al médico y le dijeron:

—Señora, siéntese ahí.

—¿A la derecha o a la izquierda? —preguntó ella.

—Déjese de tecnicismos, señora —contestó la enfermera.

Y empezamos a aplicar eso ante cualquier persona de modales rudos. Decíamos “déjese de tecnicismos” y nos entraba la risa.

También cuando discutía con alguien, decía: “Tuvimos un *vous parle*”. Y había otra que me encantaba: “Soy madrileña y además ejerzo”.



## BÁRBARA

Estuve viendo a Bárbara cerca de un año hasta enterarme del meollo de la cuestión. Bárbara venía a tratarse porque era alcohólica. De clase media-alta, ella era la vergüenza de la familia. Es ingeniera y tiene un puesto de gran responsabilidad en una empresa privada. Su marido es un ejecutivo de alto *standing*, de esos que se pasan la mitad de la semana en Londres y la otra mitad en Barcelona. Ella se encarga de cuidar a sus dos hijos además de hacer su trabajo, ir a la compra y organizar la casa.

Durante casi un año traté a Bárbara con el apoyo de su familia. Me llamaban para decirme que ella seguía bebiendo a escondidas, que escondía el alcohol en botellas de gel o de champú y que olía a alcohol cuando se reunía con amigos o familiares.

Durante un año nos centramos las dos en el propósito de que dejara de beber, que parecía ser el problema fundamental. En alguna ocasión la acompañaron su marido, su madre o su hermana, todos preocupados porque dejara de consumir. La familia lo vivía como algo vergonzante y era un secreto guardado por todos.

Bárbara se sentía la oveja negra de la familia. Sin embargo en su trabajo era alguien muy valioso y le dedicaba la mayor parte de su tiempo. Si bebía tanto como ellos decían, en su trabajo lo deberían haber notado o al menos no darle más responsabilidad o tareas a

realizar y, sin embargo, era cada vez más valorada, lo que me hacía pensar que no era tanto un problema de fuera de casa como de dentro.

Bárbara es una mujer guapa. Viene siempre muy arreglada. Su cuerpo es muy importante para ella. Está delgada, aunque no caquética, y a lo largo del tiempo me fue confesando que, cuando era adolescente, tuvo problemas de anorexia nerviosa que consultó en un par de ocasiones y que luego lo dejó.

Bárbara tiene muchos secretos. Secretos terribles y mentiras que se cuenta para sobrevivir. Sin embargo, no puedo verla como una víctima sino como alguien valiente y, al mismo tiempo, atrapada, al ser capaz de adaptarse a la vida que le ha tocado.

Cuando Bárbara era pequeña, sufrió abusos sexuales por un amigo de la familia. Nadie se dio cuenta. Nadie lo sabe. Ella tampoco dijo nada. De hecho, al narrarlo refiere que cómo era posible que pudiera gustar a nadie con lo gorda que estaba de niña. Se casó con un compañero de facultad. Llevan juntos muchos años.

Después de habernos visto durante mucho tiempo, Bárbara me contó, una de las últimas veces que estuve con ella, que su marido a veces la agrede físicamente. “Está harto de verme así”, ella trata así de rescatarlo y de justificar una conducta salvaje por la culpa que siente por beber. Las agresiones son imposibles de prever y parece que surgen de la nada; un día es porque no hay pan, o porque no ha bajado la basura. Cualquier cosa hace saltar el cortocircuito de la agresividad de ese hombre. Ella me confiesa que bebe para poder soportar esa vida porque no lo puede aguantar más. No lo soporta físicamente y las relaciones sexuales son una tortura para ella. No sé cómo ayudarla. No quiere contar nada a su familia. Las

agresiones no son tan importantes como para poner en riesgo su vida y ella no quiere hacer nada “por sus hijos”.

Cuando dejó de venir a verme, la llamé varias veces, pero ella no quería venir a consulta. Aunque es una superviviente, siento una sensación de fracaso por no ser capaz de transmitir que podía haber otras vidas posibles además de la que estaba viviendo. Para su familia, para ella misma, ella es la loca y su marido el bueno, el marido perfecto que es capaz de aguantar el descontrol de la bebida y sigue con ella. Parece que el ser capaz de mantener la relación a pesar de todo es tan importante que tratar de abordar por ahí el problema es un fracaso. Muchas veces pienso en ella, en cómo se las ingenia cada mañana para pintarse, arreglarse e ilusionarse con su trabajo. La vida se abre camino a pesar del dolor y el maltrato. Decir que esta mujer es un trastorno límite es muy impreciso si obviamos todas las dimensiones que constituyen su lugar en el mundo.